

sonal y la aspiración legítima al bienestar, fundada en medios prácticos, positivos y honrosos.

Este es el único medio que conduce, (matando al pulpo) al engrandecimiento de las sociedades.

Las víctimas del pulpo

Los lectores de *La Libertad* conocen al pulpo; quiero decir, el artículo que con este título se publicó el domingo anterior. Pero como ese artículo debe haber pasado desapercibido para algunos, debemos repetir aquí que el pulpo es un monstruo social, engendrado por la falta de sentido práctico, por la falta de economía doméstica y por las malas costumbres; que este monstruo está chupando, por medio de tentáculos, o ventosas que se llaman agiotistas, prenderos, Montepío, loterías y albures, una cantidad considerable del haber individual, del jornal, del salario y del sueldo del empleado, para convertirla en la fortuna de unos cuantos, después de cubrir el largo presupuesto de la manutención de agiotistas, prenderos, empleados de lotería, del Monte de Piedad y sus sucursales, que prosperan a más y mejor, y alcanza todavía para soportar el gravamen y contribuciones impuestas a los empeños y al juego.

Este modo de vivir de nuestra sociedad presenta a los ojos del observador un cuadro nuestro tan característico y tan nacional que merece una mirada escudriñadora. Las víctimas del pulpo son de dos clases, pasivas y rebeldes; las pasivas pagan sencillo, las rebeldes doble y sin tasa. Para verificar esta trasfusión tenemos la ley. Este tentáculo del pulpo entra, sólidamente colocado como cañería de fierro, al palacio de Justicia.

Así como en ninguna ciudad civilizada del mundo se verifica proporcionalmente un número semejante de transacciones de usura, de la misma manera ningún ramo judicial extranjero despacha, en proporción a otros asuntos, mayor número de juicios por deudas que los que se versan en ese hormiguero de tinterillos, coyotes, víctimas y verdugos que levanta diariamente un ru-

mor de enjambre durante ocho horas diarias en el edificio de Cordobanes.

Las tres cuartas partes de los bichos de ese enjambre viven de la otra cuarta parte, que es de víctimas; quiere decir, hay una presa para cada tres hienas y la presa, por flaca que esté, tiene siempre huesos que roerle. De roer esto es de lo que viven muchos centenares de personas. Así se concibe como hay millones de insectos que viven de roer lana y madera o de chupar sangre de seres vivientes. Este último modo de vivir es el más atentatorio que se conoce; la higiene lo condena y lo persigue pero el desaseo es propio del pobre y el pobre es siempre el picado. No puede evitar el dar su sangre.

La ley, escrita exclusivamente con el objeto de administrar pronta, cumplida y cabal justicia, nació de la moral, de la probidad y del sano criterio, para bien de las gentes: la dictaron el sacerdote, el sabio, el patriarca y el padre de la tribu. Se encomendó al anciano que la promulgaba en nombre de la justicia santa, lleno de amor y de experiencia; y en la larga carrera del progreso la legislación ha sido en todas las naciones un magisterio solemne y la más grave materia de la administración pública. Nosotros, a decir verdad, no les vamos en zaga a los más íntegros togados de todas las edades y legislamos de lo lindo, no se puede negar, porque en algunas de nuestras leyes no sólo se echa de ver la justicia, sino hasta el entusiasmo. Es cierto que la ley debe ser fría, quiere decir, severa e imparcial, pero nosotros solemos agregarle en virtud de nuestro carácter esta otra calidad: *entusiasta*. Nuestra ley de imprenta, por ejemplo, tenía ese defectillo. Los constituyentes no podían tener en 57 la calma fría del legislador ni el ánimo exento de pasioncillas políticas; se trataba de cambiar en sentido diametralmente opuesto el espíritu de la legislación y se hizo una ley que superó en liberalismo a la de los Estados Unidos, porque el entusiasmo dictaba en vez de una garantía un fuero. Hoy hemos vuelto sobre nuestros pasos, quedando a la altura del país modelo de las libertades y no hay más que pedir; no obstante que los restos del entusiasmo de 57 le llaman a este acto de buen juicio, mordaza y atentado.

La ley como todas las cosas humanas llega a

un punto en el cual, por no sé qué destino adverso de las sociedades, comienza a descender por caminos tortuosos, desviándose del espíritu universal hasta degenerar en maniquí de las pasiones bastardas. En fuerza de manosear la ley conviértese en un arma convencional, parecida a esas navajas que constan de veinticuatro piezas y que sirven para mil cosas distintas, según el caso. De manera que entre el juicio salomónico y la escuela de uno de nuestros litigios hay ya la misma distancia que entre la justicia y la prestidigitación. No parece sino que los delincuentes han escalado el capitolio, y en juego carnavalesco, usurpando las togas, han logrado dictarse algunas leyes bajo la pomposa invocación, por supuesto, de garantías individuales. Esta legislación tiene la ventaja de ser aplaudida como las buenas comedias de magia, por los sabios y por los ignorantes. Hoy jueces y reos tienen la satisfacción de aplaudir la ley con iguales derechos cada uno por la parte que le toca: leyes útiles como la estricnina que sirve para curar y para matar. La ley que condena el robo y el asesinato ha sido siempre aplaudida por la parte sana de la sociedad; el ladrón, el asesino quedaban del otro lado; había dos grupos: uno el de la sociedad protegida por la ley; otro el de los ladrones y asesinos condenados por ella: el primer grupo aplaudía, el segundo temblaba. Seguimos avanzando, nos ilustramos, nos entusiasmos con las garantías y la ley sale a pedir de boca: los dos grupos aplauden simultáneamente.

Progresamos y nos perfeccionamos más, y al legislador y al abogado agregamos una legión de entidades secundarias, de satélites que giran alrededor de los verdaderos astros, y la administración de justicia se reviste como los árboles de Jalapa de toda clase de orquídeas y musgos que ocultan casi el tronco. Hay además unos señores muy sabios que tienen el oficio de probar que la sangre es cochinilla, que el cuchillo no es un instrumento cortante, que no existe el crimen, que Chucho el Roto es un alma de Dios, y el Cristallito es un bienaventurado; y para blasonar de completa imparcialidad y para evitar que las elasticidades de la ley por un lado y la sabiduría contundente y prestidigitadora de los defensores por otro, vayan a volver lo negro blanco y lo

blanco negro, metemos en el guisado unos cuantos talabarteros para que digan francamente lo que les parece de todo aquello; de lo que resulta algunas veces, en honor de la verdad y como prueba de la imparcialidad de los jurados, que el robado fue el que robó al ladrón, y el muerto el que mató al asesino, que queda libre por el misterio de la ley.

* * *

Una señora rica salió de México olvidando pagar seis pesos a su lavandera.

La lavandera puso el grito en el cielo, o mejor dicho en la casa de vecindad en que vivía. La vecindad, como era muy natural, se desató en desahogos de un carácter eminentemente comunista.

La diatriba *atepalcatada* de la plebe se daba gusto hiriendo a un rico por la espalda, y se ensañó de cuarto en cuarto hasta agotar sus fuerzas.

Asomó las narices por el corredor un señor narigón y grasiento de color cetrino y de mirada de cachetero. Poniendo una de sus garras en el barandal, contempló a la lavandera con una atención de chacal.

La lavandera que sintió, como todas las alimañas, el influjo de la fascinación levantó la cabeza.

— ¡Ay señor don Pedrito de mi alma, usted me va a sacar de esta tribulación!— y subió la escalera. Algunos vecinos la siguieron.

— Figurese usted, don Pedrito, que esa rica a quien yo le levaba sus trapos, se ha ido a la mala, pagándome con una madrugada.

— Así yo también arrastro coche —exclamó una vizca desgreñada que llevaba un tompeate de carbón en la mano.

— Yo que llego a la casa esta mañana a cobrar mis seis pesos, y me encuentro con que se habían ido por el tren. ¿Lo pasará usted a creer señor don Pedrito? No le basta a uno ser pobre y sabe Dios con cuánto trabajo se gana el dinero, sino que una rota de estas entonadas se largue sin decir ahí quedan las llaves. Esto clama al cielo.

Don Pedrito lo vio abierto en aquel momento.

— Los ricos ¡hum! ¡los ricos!— refunfuñó una espectadora rascándose la cabeza con el dedo pulgar.

—¿Qué sucedió?— preguntó una vieja desde una ventanilla.

— ¡Qué había de suceder, doña Pachita!— contestó la planchadora—. Que las rotas del 8 le robaron seis pesos a doña Matiana.

— Ya se explica el lujo de *esas señoras*— dijo con marcada intención el zapatero.

Una carcajada general acogió el chiste.

— ¡Esas señoras! ¡Esas señoras!— gritaron dos muchachos.

A una señal del narigón la lavandera había entrado a la vivienda de éste y el grupo que se había formado en el corredor empezó a dispersarse.

Don Pedrito había tomado asiento. La mujer de don Pedrito había hecho sentar a Matiana. La luz empezaba a asomar las orejas sobre la empolvada mesa de don Pedrito y los seis pesos comenzaban a ser el germen, humedecido ya, de la semilla de un árbol gigantesco.

— Todo eso corre de mi cuenta doña Matiana—decía el hombre de la ley—. Afortunadamente ha dado V. conmigo. Para mí no hay ricos, porque vea V., dijo cogiendo *El Monitor*, yo vivo con la ley en la mano.

— Sólo en V. confío, don Pedrito, y en su Divina Majestad, ¡seis pesos para una pobre!— gruñó Matiana enjugándose una lágrima con el rebozo. Don Pedrito escribía mientras su mujer y la lavandera guardaban silencio.

Después, enseñando un papelito a Matiana, este es el recibo de los seis pesos que debe V. firmar, le dijo.

— No sé *escribir*.

— No le hace, tome V. la pluma y haga una cruz.

— Pero si yo. . .

— Ande V. —dijo la mujer de don Pedrito— una cruz como quiera se hace.

— Le llevaré a V. la mano— dijo el narigón.

Y la mano de la lavandera guiada por aquel salvador, hizo un signo de *más* en el recibo.

— ¿Y cuándo recibiré los seis pesos?

— Lo más pronto posible.

— Dios y su Divina Majestad se lo darán a V. de gloria, don Pedrito.

* * *

Algunos minutos después don Pedrito que prestaba a premio, y un tinterillo muy amigo suyo hablaban en uno de los corredores del palacio de Justicia. Media hora más tarde había sobre el recibo de Matiana una trinidad compuesta de un prestamista, un tinterillo y un juez. El germen comenzaba a hincharse, a medida que en la cabeza del tinterillo se revolvía como un haz de serpientes, una maraña de trámites legales, de leyes, recursos, moras, posiciones, pruebas, rebeldías, traslados, ejecuciones y éxito.

El tinterillo dio los primeros pasos como quien pisa sobre huevos; pero no bien rechinó en el papel la primera rúbrica del juzgado, no pudo contener su júbilo; enseñó los dientes podridos, y tomando a D. Pedro de la mano, lo invitó a tomar una copa en el café del Cazador.

Al día siguiente el tinterillo, acompañado del procurador del juzgado encargado de entregar las citas, entraban a una vinatería, donde devoraron dos groseros *sandwichs* de puerco y dos copas grandes de tequila.

El tinterillo, al acabar, se sentía capaz de ofrecer otro *sandwich* a la misma ley: la tenía cogida como a su hombre, de manera que sintió, antes que la alegría del tequila, la del *trámite*.

Quince días más tarde regresó la señora rica, preguntando por su lavandera para pagarle sus seis pesos y darle sus excusas, pero Matiana no pareció.

Al día siguiente anunciaron a la señora que unos caballeros que esperaban en el corredor deseaban hablarle.

Eran D. Pedro, el tinterillo, el ministro ejecutor y dos testigos. Aparecía que el cesionario de Matiana había seguido contra la señora un juicio en rebeldía, cuyos gastos ascendían a la suma de \$41'37 y medio centavos.

La señora estuvo a punto de desmayarse, y fluctuando entre la cólera y el pesar, ofreció inútilmente los seis pesos y protestó que si la lavandera hubiera aparecido a tiempo los habría obtenido sin dificultad.

El ministro ejecutor leyó las piezas conducentes y acabó pidiendo que la señora señalara bienes.

La señora siguió protestando y lloraba.

— Los muebles del comedor —dijo dos veces el ministro con voz estentórea y como si repi-

tiera una respuesta.

Uno de aquellos señores escribía.

La señora sollozaba y quería retirarse.

D. Pedro logró hacer a la señora una seña para que lo escuchase aparte.

— ¡Esto es una infamia! —exclamó la señora desahogándose al ver el aire compungido de D. Pedro.

— Efectivamente, señora. Esta administración de justicia es una cosa atroz; pero ¡qué quiere V., esa es la ley!

— ¿Y le parece a V. justo que pague yo cuarenta pesos en lugar de seis, que no pagué por olvido?

— Sería lo menos malo, señora.

— ¡Cómo lo menos malo!

— Porque el embargo está hecho y estos muebles valen más de doscientos pesos.

— ¡Estoy embargada! —exclamó dirigiéndose al ejecutor.

— Precisamente.

— ¿Y se van a llevar mis muebles?

— A menos que V. pague en el acto.

— ¡Pagar cuarenta pesos! Yo no los tengo en este momento. ¡Esto es terrible! ¡Horrible!

Y la señora se dejó llevar de un acceso de cólera, que acabó con lágrimas y con una verdadera indisposición nerviosa.

Todos aquellos hombres de la ley, contemplaban a su víctima como una banda de cuervos que esperaba sus últimas convulsiones para devorarla con más facilidad.

D. Pedro logró acercarse a la señora, rodeada por las criadas de la casa, que le ofrecían agua con azúcar.

En el momento propicio, D. Pedro y el tinterillo tendieron sus redes, de manera que a la señora no le quedase más partido que aceptar las proposiciones que se le hacían y quedar, además, muy agradecida al servicio que iban a prestarle.

Este servicio consistía en que D. Pedro, conmovido en lo más hondo del alma por la situación de su víctima, pagaría todas las costas causadas hasta aquel momento, dándose por trabada la ejecución de todos los muebles del comedor, que constaban ya en los autos. Estas costas ascendían, con todos los trámites, a la friolera de cincuenta y tantos pesos, los cuales reconocería

la señora, poniendo la firma en el documento respectivo, como cantidad recibida y pagadera con el 12 1/2 por ciento de premio en el plazo que se fijara; y como es costumbre rebajar el premio respectivo, el documento en cuestión montaría a la cantidad de 60 pesos, 88 centavos, porque las estampillas debían, según la ley, ser de cuenta de la señora.

Como una prueba de confianza, de consideración y de respeto, y para evitar el escándalo, se nombraría depositario de los bienes embargados a la misma señora. De esta manera, todo aquel desagradable incidente se reducía, según el benévolo decir de D. Pedrito, a una triste firma.

Firmó la señora y efectivamente todo se quedó en casa.

Este incidente pasó en seguida al conocimiento de letrados que cantaron piezas concertantes de indignación con la señora en todos los tonos, ofreciéndole su protección; pero se cumplió el plazo, y como el abogado de la señora estaba ausente, se trabó una segunda ejecución en los muebles de la sala.

El pulpo y la curia de mancomún se habían arrojado no importa sobre qué objeto cuya sangre era oro. De manera que, por demasiado verosímil, no nos detenemos en seguir narrando las peripecias de este expediente, que la ley tuvo el honor de redondear previo el pago de 1,800 pesos en moneda contante.

Al cabo de los primeros quince días de gestiones, Matiana había vendido al agiotista en tres pesos su recibo de seis.

El pulpo, la ley y D. Pedrito tranquilizan, no obstante, su conciencia con esta moraleja:

Es necesario en todo caso pagarles al contado a las lavanderas.

Las entrañas del pulpo

Un animal que chupa sangre con la fuerza del vacío y cuyos tentáculos nerviosos se contraen maquinalmente, debería llegar a la saciedad y descansar como todos los animales; pero el pulpo no se sacia ni descansa porque crece. Crece en el

fondo del mar tomando proporciones gigantes-
cas, como crece en el fondo de *nuestras cosas* en
la capital de la República, tomando proporcio-
nes escandalosas.

— ¿Quién le habrá metido en la cabeza a este
señor, decía la otra noche una vieja, ponerse a
hablar de estas cosas? ¿Qué le va ni qué le viene
con que una empeñe? Yo empeño, cabal que sí,
¿y qué tenemos con eso? Sabe Dios de cuántos
apuros nos ha sacado el Monte. Cierto es que ya
se nos acabaron las alhajitas, pero vamos vivien-
do. Qué bien se conoce que ese señor de *La Li-
bertad* no sabe lo que son *trinquetadas*. Yo le
aseguro a V. que hemos pasado algunas, que si
no hubiera sido por la Divina Providencia junto
con algunas firmas, nos hubiéramos muerto de
hambre.

— Y sobre todo, señora —dijo un señor trigue-
ño y entrecano que tenía negocios con el dueño
de la casa— esto de declamar contra la usura es
una barbaridad; es hablar de memoria como ge-
neralmente lo hacen esos escritorzuelos ignoran-
tes. Es cierto que yo presto; pero, qué quiere
V., si no hay negocios; todo paralizado, todo
para los extranjeros, todo es monopolio; y ade-
más no hay protección. ¡Vaya V. a ver! ¡Agiot-
tistas! Pues cabal que sí; yo no les pongo una
pistola al pecho; muy al contrario, ellos, los ne-
cesitados, vienen a mí, y me buscan, y me ase-
dian, hasta que logran lo que quieren.

Como se ve, la señora y el agiotista tenían
mucho razón. También tenía mucha razón un
amigo mío al asegurarme que no había de con-
seguir nada con mis declamaciones, y que eso de
decir la verdad es una cosa seria y peligrosa.

Por eso en este artículo voy a reconciliar los
ánimos; voy a concederles la razón a todos los que
la tienen; y el pulpo, las víctimas y yo vamos a
acabar por ser los mejores amigos del mundo,
vamos a estar completamente de acuerdo.

Conozco un señor que presta, quiero decir,
que no ha hecho otra cosa en su vida más que
prestar. Es cierto que solía confesarse, porque
es católico; pero eso, lejos de ser un defecto, es
una recomendación. De manera que este señor
ha hecho siempre dos cosas buenas y a todas
luces irreprochables. Algunos de entre sus mis-
mos clientes ¡mal agradecidos! le echan en cara,

no precisamente que preste, sino las condiciones.
Pero ni en esto tienen razón los clientes; las con-
diciones se pactan de común acuerdo, ¡y vaya
V. a quejarse! ¿De qué? Cuando una cosa se
pacta es menester cumplirla: Que las condiciones
son ventajosas para el agiotista. ¿Y qué? Hace
muy bien. No faltaba más sino que el agiotista le
prestara a uno sin interés; eso sería un dispa-
rate.

Muchos dicen que los agiotistas se salan, por-
que trafican con las lágrimas y con las afliccio-
nes de los pobres; que abusan de las situaciones
desesperadas; que acaban por perder todo resto
de piedad y de conmiseración; que no tienen
caridad ni sentimiento alguno de benevolencia
con que atenuar lo odioso de ese comercio que
nació entre los judíos.

Pero vaya V. a hacer sentimentales a los agio-
tistas; revístalos V. de piedad, de conmiseración
y de todas esas virtudes cristianas, y adiós gre-
mio; desaparecería como por encanto. Sería eso
lo mismo que suprimir los tentáculos en el pul-
po y lo insidioso y voraz y cruel de su índole,
y adiós pulpo, se convertiría en salmón. Es nece-
sario convencerse de que las cosas y los animales
están distribuidos en este mundo de una manera
sabia, y que, cuando más, tendremos algunas ve-
ces el derecho de convenir en los males necesarios.

En cuanto a los que ceban al pulpo, también
es necesario convenir en que tienen mucha ra-
zón. El entendido lector decidirá.

Don Librado tiene dos hijas, Clementina y
Sara. Bonitos nombres.

Don Librado tiene cien pesos de sueldo. Es
poco.

Llegan las fiestas de noviembre y Sara y Cle-
mentina le hacen a su papá estas sabias reflexio-
nes:

— Los vestidos se usan altos. Luego es necesari-
o llevar botines de cabritilla abronzada, de a
cinco pesos.

— Son diez pesos —piensa don Librado.

— Los de a veinte reales son para gente ordi-
naria.

— Mis hijas son finas —piensa don Librado.

— Además, los dos sombreros que vimos en
Plateros, no valen más que treinta y cinco pesos
cada uno, y son elegantísimos, papá —agregaron

Sara y Clementina juntas, radiantes de alegría, de una alegría tal, que D. Librado pensó:

— Son ochenta.

Y como D. Librado será todo lo que se quiera, pero es tan buen padre de familia, pidió cien pesos al pulpo con el 12 y medio por ciento. Quiere decir que recibió 87,50 y quedó muy contento de destinar los 7,50 restantes a Bejarano.

Táchese de inconveniente este rasgo de amor paternal. Atrévase alguien a censurar a D. Librado, especialmente al verle en el redondel exhibiendo a Sara y Clementina, deslumbrantes y atrayendo las miradas por sus preciosos piecitos de hada, y sus lindas cabezas, sobre las que se derramaban perlas, plumas, pájaros y encajes. ¡Qué satisfacción para D. Librado! ¡Qué momentos para las niñas! ¡Qué fruicciones para los novios! No lo van Uds. a creer, pero D. Librado se reconciliaba interiormente con su situación financiera, pensando en que sus hijas estaban deslumbrantes. ¡Qué amor de padre! Y luego pensaba:

— Así se casarán ventajosamente.

Y mezclando en su alma los gorros, el amor, el tanto por ciento y la esperanza, D. Librado hacía aquella noche el papel de un hombre completamente feliz, o cuando menos, el papel de rico, que es de lo que se trata.

Entre ser rico y no serlo, hay un término medio: aparentarlo. El pulpo es el primero en regodearse de nuestra afición a esta apariencia que las costumbres han elevado a la categoría de ley.

Cuando D. Librado decidió *hacer el negocio*, figuraron como en algunas comedias, personajes reales y personificaciones. Estaban en escena D. Librado, el Agiotista, el Sentido común, la Vanidad y el Amor, y pasó lo siguiente:

D. Librado.—Tengo cien pesos y necesito gastar doscientos.

El Sentido común exclamó sin que le preguntaran:

— Gasta ochenta y guarda veinte.

La Vanidad.—Las fiestas de noviembre. . . los gorros. . . Bejarano.

D. Librado.—¡Amo tanto a mis hijas!

El Agiotista.—Doce y medio por ciento.

El Sentido común hizo un gesto.

El Amor le dió un beso a D. Librado.

D. Librado se desvaneció.

El Sentido común.—Antes de ocho meses, habrás pagado doble de lo que hoy recibes.

D. Librado.—¡Buenísimo!

El sentido común.—Pero lo seguirás debiendo, porque en ocho meses se duplica la deuda.

D. Librado.—Es cierto, pero puedo sacarme la lotería.

El sentido común.—Vive con modestia con ochenta pesos. Economiza veinte y formarás un fondo que crecerá por capital y réditos, sabiendo emplearlo, y vivirás tranquilo y honrado.

— ¡Teoría! exclamó D. Librado.

— Aritmética— afirmó el sentido común.

— ¡Qué estúpido es el sentido común!— dijo D. Librado.

La vanidad murmuró sólo esta palabra: “Bejarano”.

D. Librado se sonrió con una sonrisa de novia.

El amor le presentó entonces las imágenes de Sara y Clementina sin sombrero.

D. Librado arrebató la pluma de manos del agiotista y firmó el documento. Y salió tan triunfante como su sobrino, un pollo que ha vestido de raso a una de *esas señoras*, con la intervención del pulpo.

* * *

Análisis de otra partícula de las entrañas del pulpo para concluir.

En una que fue celda del convento de la Concepción hay una enferma de peritonitis. Acaba de salir el médico y tras él el marido de la enferma.

Reina un silencio de muerte en aquella vivienda y se destaca en el fondo de la recámara, casi oscura, parada en el dintel, una joven cubierta con un vestido chillante y desgarrado. Hacia su izquierda está la cocina, y sentada en el suelo una de esas criadas andrajosas que pertenecen a la última y más abyecta clase social.

Aquellas dos figuras inmóviles vigilan con la mirada un grupo de cinco niños sentados en el rincón opuesto de un pequeño corredor, que difícilmente pueden guardar el silencio y la compostura que se les ha recomendado.

En la cocina no hay lumbre, en la casa no hay ni comida ni medicinas. El marido de la enferma salió a *ver qué hace*.

Después de muchas vueltas cayó entre los tentáculos del pulpo. Un hombrecillo de edad indefinible escribía y recorría alternativamente las fojas de un libro grasiento. El marido de la enferma esperaba hacía un cuarto de hora.

— ¿Qué hay, amigo? —dijo el hombrecillo entre dientes y levantando la ceja izquierda.

— Señor, que mi mujer está en la cama y . . .

— Hoy no tengo dinero.

— ¡Por el amor de Dios! Vea V. señor que si V. no me saca de este apuro, me vuelo la tapa de los sesos. Mis hijos no han comido.

— ¡Bueno! —murmuró el agiotista y volvió a escribir.

— Señor —dijo el marido después de haberse tragado sus lágrimas—, siento molestar a V. pero no tengo otro recurso.

— Pues lo que es ahora. . . —dijo el agiotista levantando sus gafas sobre la frente para ver debajo de ellas a aquel desgraciado.

— Con cincuenta pesos me hace V. feliz, salva V. a mi familia.

— Familia —repitió el agiotista pensando en otra cosa.

— Yo no me paro en las condiciones; serán las que V. guste, pero présteme V. ese dinero.

— Hoy no tengo ni medio en caja.

— ¡Señor!

— ¿Pero qué quiere V. que haga? —exclamó el agiotista de mal humor—. No me puedo volver dinero. No lo tengo, no lo tengo.

Estas palabras fueron dichas con acento tan duro, que el pretendiente hizo un movimiento para salir.

— Dinero; esta es la canción, todos quieren dinero ¡habrase visto!

— Déme V. al menos un consejo.

— Consejo —repitió el agiotista distraído; y al cabo de una pausa agregó cambiando de tono—. Consejos y bigotes no se usan—. Y salió de aquella boca una risa seca e histérica como para fingir una jovialidad que sentaba mal a su temperamento nervioso e hipocondríaco.

Esa risa había ido a herir el corazón del pretendiente como un dardo y a darle tintes más

sombríos y más relieve al cuadro desgarrador de su casa triste y desolada. Una amargura indefinible inundaba su alma y mil pensamientos siniestros cruzaban ya por su cerebro, como las aves que revolotean en el espacio al anunciarse la tempestad. Sabía que aquel hombre podía salvarlo; pero era inútil pretender conmoverlo. De allí podía salir con el dinero y correr a comprar pan y medicinas, pero podía también no conseguir nada y entonces. . . entonces sentía aquel desgraciado los impulsos del despecho, de la cólera, de la desesperación, y se sentía capaz de arrojarse sobre el prestamista y extrangu-larlo.

Durante aquella pausa había una lucha secreta entre dos almas, en las que se empuñaban los sentimientos más opuestos; la suprema desolación luchaba con el frío egoísmo; la angustia del desvalido luchaba con el cálculo artero; la miseria luchaba contra la avaricia.

Hay en el corazón de todos los mortales fibras simpáticas que vibran por un efecto semejante al de las cuerdas templadas en el mismo tono; sue-na una porque sonó la otra. La armonía moral se parece a esta armonía de las hondas sonoras. A esta armonía responden siempre los corazones nobles y suelen responder también los corazones malvados. Para ser la excepción de este acorde, nació el corazón judío, y basta el ruido de unas cuantas monedas para desviar las hondas sonoras del sollozo.

El hombrecillo de quien nos ocupamos había sentido desde su juventud el escozor de la avaricia, que mató en flor en su alma la caridad y el amor. Luchó algún tiempo como un animal indomesticable con esas guirnaldas que le estorbaban como a un caballo bruto que se enjaeza, hasta que logró identificarse con el guarismo.

Se parecía a esos saltimbanquis que han ganado su vida durante muchos años tragándose una espada. El roce frecuente del acero frío ha logrado matar la exquisita sensibilidad de la gloria del esófago y del paladar.

Se había parado en la vida como esas aves de los cementerios, indiferentes al dolor humano.

En el limbo de las angustias, de las miserias y de los dolores extendía la mano cobrando un peaje, cotizaba los estremecimientos de la des-

gracia; y las lágrimas ajenas brillaban al través de sus gafas como gotas de oro.

Cuando observó que la agonía de su pretendiente había llegado a un punto que pondría impunemente a la víctima en sus manos, exclamó:

— ¿Cuánto necesitaba V?

— ¡Cincuenta pesos! —se apresuró a decir el pretendiente radiante de esperanza.

— Pagaderos en un mes.

— Sería mejor en dos, porque. . .

Midió el agiotista a su cliente de arriba a abajo con una mirada como para averiguar si podría vivirlos, sacó una hoja de papel y se puso a escribir: A un mes de la fecha etc.

El rechinado de la pluma, como baño magnético, restablecía la circulación de la sangre del pretendiente.

Cuando el prestamista acabó de escribir, dijo:

— Pero ya sabe usted que no tengo dinero.

— Pero señor, entonces. . .

— El caso es que usted ha de sacar raja: no hay cosa peor que los porfiados. Vamos a ver. —Y sacó una cajita que parecía llena de clavos—.

Mire usted tengo alhajas; esta tumbaga vale noventa pesos. Mire usted qué agujas. Estos aretes de coral legítimo valen cuarenta y cinco. Anillitos desde a diez pesos. Le voy a formar a usted un lote.

Y se puso a escoger baratijas, revisándolas veinte veces y gastando un tiempo que al pretendiente le pareció eterno.

— Eh, vamos a ver —dijo por fin. He aquí el lote. Cincuenta pesos menos doce y medio son treinta y siete y medio. ¿Conviene?

— ¿Pero dónde voy a vender eso?

— Los empeña usted.

— ¡Qué me prestarán!

— No hacemos negocio —dijo el agiotista haciendo ademán de romper el papel.

— Vengan las alhajas.

— Firme usted.

El pretendiente firmó, recibió las alhajas e iba a despedirse.

— Yo compraría el anillo.

El pretendiente lo vio bien y le pareció falso, e interrogó con una mirada al prestamista.

— Doy tres pesos.

Con tres pesos habría pan y medicinas.

— Vengan. Los recibió y salió.

No pudo vender los aretes al día siguiente sino en diez pesos porque no valían más.

Iba a pagar cincuenta por trece recibidos. Y por sarcasmo de la suerte aquel desdichado estuvo obligado a bendecir a la Providencia en la forma de un tentáculo del pulpo.

Estos cincuenta pesos, como parte de la circulación de la moneda en la capital, se dividen en dos fracciones.

La primera de 37 pesos representa el lucro de la usura.

La segunda de 13 pesos representa el anticipo al pobre.

El beneficio incidental a favor del paupérrimo, valor nominal es de trece pesos; pero el valor real de un préstamo de 13 pesos en un mes; según el valor legal del dinero en el total de la circulación, es de trece centavos.

En estas proporciones se verifica la trasfusión del dinero de los pobres al inconmensurable vientre del pulpo.

Las prosperidades nuestras

I.

Por todas partes encontramos personas de buen carácter y de buena apariencia que, impregnadas de un patriotismo virgen, nos aseguran que México adelanta. Esas personas se sientan verdaderamente felices en muchas partes; como por ejemplo en el tianguis de la plaza de la Constitución, y le enseñan a usted con todo el calor del provincialismo la fila de barracas improvisadas con sábanas de dudosa reputación donde se venden dulces empolvados, de no mejores antecedentes.

Yo creo, no obstante el parecer de esas personas, que por adelantado que se suponga a México, la plaza de la Constitución se encarga, en días de tianguis, de enseñar la oreja y de exhibirnos tal como somos, sin poderlo evitar. El pobre ayuntamiento de México es siempre el encargado de

la oreja y del sambenito. Esta corporación se ha ido desprestigiando de año en año hasta caer en completa decadencia, y la gran decepción del habitante de la capital, el pasto de las gacetillas, el centro de las pullas, la *esquina de Provincia* y el blanco de las iras del público es el ayuntamiento.

Grandes y poderosas razones debe haber habido para que la primera ciudad de la República haya llegado al último grado de la incuria, del abandono, de la inmundicia y de la insalubridad; pero la lógica del público no busca más que una causa, ni atribuye el mal más que a una entidad: el ayuntamiento.

Nadie se explica ya el apetito extravagante de ser regidor, cargo en antes honorífico, y hoy equivalente a una silva de trescientos sesenta y cinco días; y este gusto se parece al de esos *pelados* que bajan a torear al redondel a despecho de los silbidos; los silban indefectiblemente, pero torear.

Yo no sé si la vocación de mandar aguilas y de presidir las funciones de teatro valga la pena de abandonar los asuntos propios y apechugar con la rechifla; pero de todos modos admiro la abnegación de las personas que, con la conciencia de que van a quedar mal, hacen ese sacrificio penoso de enseñar la oreja de México a los extranjeros.

Nada presenta un aspecto más grotesco para el público que esos pobres que quieren aparentar lujo, supuesto que el lujo no se finge más que en el teatro. A México le sucede despertar algunas mañanas de la cloaca en que duerme asfixiado; y en vez de tomar la escoba o el desinfectante, se pone a delirar con alguna elucubración municipal inspirada a algún regidor nuevo por los cuentos de las mil y una noches; y en el detestable y peligroso pavimento de la plaza de Armas inventa una banqueta de mármol que cuesta muchos miles de pesos. Al día siguiente le sucede a esta banqueta lo que es muy natural: desaparece por completo bajo la tierra suelta que la rodea por todas partes, y el mármol blanco, despulido con la tierra y con el tránsito, se mancha con las cáscaras de fruta, con las espectoraciones de los vagos del Zócalo, y el lujo aquel es una lápida que perpetúa la fama de nuestro ayuntamiento.

Ya se verá por ende que esto del lujo es una

cosa comprometedor y peliaguda, o cuando menos se necesita pensar antes que en banquetas de mármol en criados que las laven. México debe limitarse a obras de utilidad y de conservación y no entusiasmarse con gollerías, que no puede sostener porque se pone en ridículo.

La conservación de los jardines públicos y de las obras de ornato es más dispendiosa que la erección misma de esas obras; y erigir monumentos para abandonarlos a la destrucción del tiempo es despilfarro y falta de civilización.

Las pobres estatuas del Zócalo están allí patentizando estas verdades. Ni recrean la vista, ni cultivan el sentimiento artístico, ni revelan lujo ni refinamiento. Inspiran lástima y sugieren la misma suerte de reflexiones respecto a nuestra incuria y abandono. Un objeto de arte que se exhibe por su belleza y adorna un paraje público debe estar confiado a la constante vigilancia, al cuidado de un conservador inteligente. Y no se concilia la belleza arquitectónica y la pureza de las líneas de los pedestales de piedra con el abandono en que se les ha dejado. La vegetación microscópica o moho, el salitre y los chorreones de la lluvia los desfiguran. Contra esta acción del tiempo debe emplearse el aseo continuo, lavar periódicamente los pedestales para destruir el moho, las telarañas, las vegetaciones, los parásitos y la grasa que nuestro pueblo deja por donde quiera que pasa. Y en cuanto a las figuras, allí están Venus, Apolo y Minerva, pidiendo una lucha por el amor de Dios, condenadas a exhibir sus desnudeces en el Zócalo, pero con sus carnes surcadas por los chorreones de las últimas lluvias y el polvo de todos los días, la tersura del barniz que imitaba el bronce ha desaparecido bajo esa enfermedad cutánea inoculada por el ayuntamiento. Pobres dioses leprosos y cacarañados, puestos adrede para ludibrio de las gentes y que desde sus sucios pedestales entonan por la noche, en compañía de las cucarachas monstruosos que se han apoderado de aquella selva virgen, un miserere al amor al arte, al aseo y a la cultura de nuestro ayuntamiento.

Pues, ¿y las fuentes? Allí están esas desgraciadas que tienen todo menos agua: su brocal tiene el aspecto enmantecado de los pambacitos comuestos. El pueblo vagabundo se ha encargado,

durante varios años, de depositar en ese brocal su sudor y su cochambre; los pobres cisnes, casi pelados, enseñan el zinc por todas partes, están opacos y jaspeados, como si se acabaran de escapar por la atarjea.

— ¿Qué le sucedió a la agua? —pregunta el público al ayuntamiento.

— ¿A la qué?

— A la agua.

— Compañero —le pregunta un munícipe a otro— ¿qué le sucedió a la agua?

— ¿Qué agua?

— La de las fuentes.

— ¿Qué fuentes?

— Las del Zócalo.

— Pues, ¿qué no tienen agua?

— No.

— Pues, hombre; ¿creerá usted que no había puesto cuidado?

— Pero bien: ¿usted no sabe por qué ya no hay agua?

— No, compañero.

— ¿Pues quién sabrá?

— Yo creo que la comisión de Paseos.

— O la de Aguas.

— Eso es, la de Aguas, porque la agua es cosa de la Comisión de Aguas, ¿no es verdad, compañero?

— Yo creo que tiene usted mucha razón: por eso me gusta preguntar a quien más sabe.

Esto es lo que las paredes oyen; pero el agua no parece. El ayuntamiento no se la ha bebido, eso es claro; porque el ayuntamiento bebe, pero no tanto que acabara con el agua de los cisnes. Acabará con estos pobres animales, en fuerza de matarlos de sed y de enfermedades de la piel; acabará con los dioses del Olimpo, dejándolos en su triste abandono porque sirvieron al imperio; acabará con el pavimento de tierra, barriéndolo sin apisonarlo ni repararlo; acabará con todo, a fuerza de no hacer nada; pero, con el agua, es imposible.

Si falta agua es porque este líquido es de suyo muy voluntarioso y muy delicado, y sobre todo muy escurridizo.

Desde los Leones empieza a hacerse remolón, porque las cosas ya no están allí como antes. Ya ustedes verán si el ayuntamiento estará para an-

darse con chiqueos y contemplaciones con el agua, cuando está aquí tan ocupado con las tandas y con los jacalones, y con tantas cosas a que tiene que atender a un tiempo.

Luego sucede con esta agua de mis pecados, que apenas le abre un campesino de por esos rumbos un cañito, ¡paf! allá va contentísima, como si no supiera que su primer deber es venir-se derecho a México, sin meterse con nadie.

En tiempo de Bucareli (vean ustedes si el agua tiene sus opiniones y sus parcialidades) venía en abundancia, se portaba como buena muchacha, alimentaba los surtidores de las fuentes públicas, y hubiera sido capaz de alimentar una bandada de cisnes más numerosa que la del Zócalo; pero ahora, de ayuntamiento en ayuntamiento, se ha ido haciendo chiquita, y ¡nada! no hay modo de hacerla entrar en cintura. De modo que, aunque nosotros estamos persuadidos de que no son los ayuntamientos nuestros los que han tenido la culpa, sino el agua misma, que, como está probado, es tan voluntariosa y tan ingobernable, sería bueno divorciar al agua del ayuntamiento, supuesto que han hecho tan malas migas, y establecer una dirección de aguas, con ingenieros hábiles y bien pagados, que en combinación con una compañía anónima, formase un plan digno de la civilización que alcanzamos, y que tuviera por base que lo que los consumidores pagamos por el agua, es el rédito legal de un capital de diez millones de pesos.

México está en la posición de esas personas pobres que esperan *visitas de cumplimiento*. Salió de la muralla china en que le había encerrado el humo de las revoluciones, y las naciones cultas de la tierra han venido a estrecharle la mano, felicitándola por la paz de que disfruta. En la capital reside la representación diplomática de las potencias amigas, y es una cuestión de decoro y de amor propio asear la casa y combatir la barbarie y la ordinariéz; legiones de extranjeros desembarcan semanariamente en Veracruz, y próximo está el día en que los rieles del norte traigan hasta la capital de la República un cordón, no interrumpido, de inmigrantes y juristas. Bueno será que estas estimables personas nos vengán a encontrar dignos de tener estatuas y pavimentos de mármol, y con la buena costumbre de pagar

barrenderos. Convengamos, ahora que se trata de hablar con franqueza, que somos un pueblo sucio, o mejor dicho, que los que estamos limpios nos vemos obligados a vivir entre masas del pueblo asqueroso y semisalvaje, que la cultura que alcanzamos pugna con el tedio y la miseria del indio melancólico e indolente y con el acanallamiento de la *plebe* y con el cinismo y la desvergüenza del *lépero*. Por eso el ayuntamiento mexicano está en posición más difícil que cualquiera otro; por eso necesitamos doble número de escobas y más agua y jabón que ningún otro pueblo, y a ese paso todavía no ha despertado entre nosotros ni entre ninguno de nuestros ayuntamientos, eso que se nota en las ciudades cultas y que pudiera llamarse decoro o respeto público. A todas las casas viejas de la capital, y son las más, las carcome el salitre por sus cimientos y los propietarios ven esto desde que nacieron y se les da un comino la cuestión de aseo exterior. Nótese este rasgo característico de nuestra raza. Salimos un día de nuestra habitual indolencia para remediar un mal y planteamos la teoría del remedio. En esto de teorías somos fuertes como pocos, tenemos mucho talento y mucha erudición y ponemos el dedo en la llaga, remediamos el mal y volvemos a caer en nuestra apatía habitual, cuyo periodo, siempre largo, lo cierra un nuevo raptó de entusiasmo. Este es un resabio azteca que circula en nuestra sangre, y tan es así, que el indio provee a las necesidades de vestirse y usa las prendas de su vestuario hasta que se le caen en pedazos. El ayuntamiento compone una banqueta y la abandona hasta que se convierte en precipicio, desenzolva una atarjea y la deja después llenarse hasta que se ciega; pone defensas de reja a los árboles y las abandona hasta que desaparecen.

Al ayuntamiento le ha salido en los meros bigotes uno de esos dupergenios que parece puesto adrede en la banqueta del palacio municipal: le han quedado a los arbolitos de esa banqueta todavía dos o tres defensas en pie, pero desarticuladas y agonizantes, incompletas y tórcidas, como pidiendo a la honorable corporación una mano amiga que las enderece y las repare.

Se comprende que el pobre ayuntamiento no puede hacer solito el desagüe, o la limpieza, o

alguna de esas obras colosales, superiores a sus fuerzas; pero no se concibe que en el tránsito forzoso de los regidores, permanezcan por años en estado lastimoso y repugnante esas defensas que chocan a la vista y acusan la indiferencia y el abandono del presidente de la corporación, de la obrería mayor, y de la comisión de paseos. Parece que no existen ni estos personajes, ni estas oficinas, ni esas instituciones, y en realidad de verdad lo que no existe ni en el indio, ni en el lépero, ni en la corporación municipal es el hábito del aseo, el instinto de la conservación de las obras y ese mito que hemos llamado decoro público. El rico ostenta sin sacrificio y sin esfuerzo y llega al lujo; el pobre pundonoroso se remienda y oculta sus poridades y sus miserias; pero el pobre disipado y cínico las ostenta con el aplomo con que el potentado ostenta sus diamantes.

Este resabio azteca, como hemos dicho antes, va tomando entre nosotros proporciones escandalosas que presentan a México ante el mundo civilizado en su apariencia más vergonzosa. ¿Habrá necesidad de enseñar a nuestra honorable corporación municipal ese rudimento de la más común economía, ese principio sabidísimo de que no se debe presupuestar una mejora o una obra de ornato sin que al monto de la obra siga inmediatamente después la partida del gasto de conservación? ¿Habrá alguno de los señores de la Comisión de Hacienda que ignore que el gasto del coche y los caballos implica una pensión de sostenimiento?

En los pilares del palacio municipal, donde reside una corporación encargada por la ciudad del aseo y el ornato, está escrita con cochambre la historia de tres generaciones de vagos que han ido depositando sus grasas en esos pilares hasta hacer desaparecer por completo la cantería. ¿Qué esperanzas alentarán a la ciudad de ser atendida cuando ni el mismo palacio municipal se conserva aseado?

Ya hemos dicho que estamos condenados a vivir entre masas de un pueblo sucio. ¿Pero ha de predominar el desaseo y la incuria de esas masas sobre los deberes municipales y sobre el derecho que tenemos a vivir en lugares aseados? Si el ayuntamiento cuidara de la conservación



de su edificio, por el deber que tiene de hacerlo, y con el fin de que la ilustración de ese cuerpo se refleje en sus actos y sirva de ejemplo en la ciudad, mandaría raspar esos pilares grasientos, y una vez resanados y limpios, así como el resto de los muros exteriores, cuidaría de que un celador impidiese al pueblo ocioso restregarse contra los muros o tomarlos como sostén de su pereza. Prohibiría, fundándose en los más sanos principios de la libertad individual, en una sociedad bien organizada, el sentarse en las banquetas, en los dinteles de las puertas o en los guardacantones de las esquinas, porque esto no es el uso de las banquetas, de los dinteles o de los guardacantones, sino el abuso con perjuicio de tercero, que es el transeúnte. A esta prohibición seguiría la de no arrojar cáscaras y basuras en las banquetas, porque también éste es un abuso, y un abuso atentatorio, porque regar de cáscaras de plátano el tránsito público, es una falta que la buena policía debe no sólo prevenir, sino castigar severamente. Todas estas infracciones de policía pasan a ciencia y paciencia de los gendarmes, a quienes no culpamos, pues ni las polainas blancas ni el sueldo pueden inspirarles principios y educación que desconocen, supuesto que los regidores, probablemente más ilustrados que los gendarmes, no se han ocupado todavía de esta noción sencillísima de buena policía.

Esta y muchas nociones de este mismo orden deben formar los artículos de una *cartilla del gendarme* que éste debe aprender previamente de memoria antes de recibir el sueldo; y para que la aplicación de estos sanos principios sea un hecho práctico y constante, y no se quede escrito como todo lo que contienen nuestras ordenanzas municipales, la organización de la gendarmería debe dividirse en categorías como está establecida en los Estados Unidos y en Europa; después del gendarme de a peso diario, debe haber cierto número de tenientes gendarmes con más sueldo, más prerrogativas y más ilustración; en seguida otro grupo de comandantes y jefe principal. Así quedará establecida una corriente que parta desde el foco de ilustración hasta el pueblo abyecto por medio de la gendarmería y el pueblo abyecto acabará por adquirir hábitos de aseo y de respeto público.

Las prosperidades nuestras

II

Cansado de contemplar las bellezas del Zócalo y sumido en mis meditaciones, me dirijo a las calles de Plateros por un pedregal que fue pasaje o calzada hace muchos años, pero que la incuria del ayuntamiento ha descuidado desde entonces, hasta hacerlo peligroso para el transeúnte. Todos los pavimentos de México se resienten de la poca solidez de las capas inferiores que determinan constantes depresiones y el desnivel de la superficie. La obrería mayor debe atender de preferencia a la solidificación del terreno antes de colocar las piedras; pero como de algunos años a esta parte no hace ni lo uno ni lo otro, esas banquetas, construidas para comodidad de los pedestres, presentan todo género de sinuosidades peligrosas. Los coches se han encargado de dar convexidad a las piedras planas, y los hundimientos de hacerlas perder el nivel. Sobre tales banquetas hay que hacer prodigios de equilibrio, como sobre la cuerda floja, y el público, que es tan bueno, los hace todos los días a las mil maravillas. Pero quienes se distinguen en este género de ejercicios pedestres son las pollas, que nada tienen que aprender de esas hábiles gimnastas que recorren a cuerda floja con canastas en los pies.

El deterioro de los pavimentos presenta uno de nuestros contrastes más notables con el lujo en el calzado de las señoras.

La estética cree haber trazado la última línea; el arte está satisfecho; tan satisfecho, que ha logrado que en la época presente el sexo bello en masa pueda exclamar "*tengo bonitos pies*". En efecto, ya no hay pies feos, ni deformes, ni grandes, y las líneas anatómicas están ya del todo modificadas por las líneas del arte; y como la curva es la línea de la belleza, se burla, triunfante, de todas las deformidades. Hoy el pie es la bota. No importa si ella contiene el esquelto de un pie horrible, o el pie rosado y sedoso de un niño; las graciosas y artísticas curvas del calzado resuelven la cuestión, lo nivelan todo, y la mujer podrá no tener hoy ni lindos ojos ni otros atractivos; pero en cuanto a pies, está a la altura del arte plástico.

Yo no me meto a combatir las sabias reglas de higiene que condenan al aristocrático tacón de tres pulgadas; y sin negar a tantos doctos higienistas las poderosas razones en que apoyan sus anatemas contra esa moda, confieso que me encanta; y me encanta por muchas razones, aunque éstas no sean del orden de las de mis contrincantes. Me encanta, porque eleva a la mujer; y esta razón me parece humanitaria y progresista: humanitaria, porque siempre he opinado por la elevación de la mujer, tanto en el orden físico como en el orden moral; y después de mucho cavilar no he encontrado otro medio de que la mujer de nuestra capital se eleve si no lo hace sobre sus bonitos tacones.

Excusado es decir que por elevarse en el orden físico, se entiende crecer, engordar, o embarcener, como dicen algunos; y a este fin ya conoce todo el mundo la insuficiencia de las preparaciones ferruginosas, de los baños de Aragón y de todas las panaceas. Las pollas siguen llegando a este valle de . . . México, más diminutas y más desmedradas cada día, pobrecitas. ¡Y lo que sentirán al compararse con las señoras romanas del tiempo de Augusto!

He aquí una de las razones por las cuales me encantan esos tacones de tres pulgadas. Pues señor: que eso de la higiene en la capital es un mito; que la limpieza de las atarjeas es un sueño *dorado*; que la tendencia al aseo es cosa de otra raza; que el cochambre es inestinguible; y que la catalepsia de los ayuntamientos es incurable. Que los pobres niños nacen entre miasmas deletéreos, y que los pocos que crecen, luchando por la vida con setecientas plagas, no llegan a desarrollarse, primero, por las malas condiciones de la salubridad pública, y luego por la falta de ejercicios atléticos. He aquí por qué motivos tan poderosos y tan independientes de su voluntad, nuestras pollas son pequeñas; más pequeñas cada día. Vayan ustedes a remover de golpe tan poderosos inconvenientes; ¡imposible!, la cosa es larga y difícil, y entre tanto, el medio más expeditivo es el arte, quiere decir, el tacón.

Ya las tenemos a todas encaramadas sobre botitas bronce dorado llenas de pespuntes, y con tres pulgadas más sobre la línea de flotación, como suplemento a su graciosa humanidad. La

cuestión de los glóbulos rojos de la sangre se olvida ante ese andar de hada, tocando apenas (y hacen bien) las piedras del ayuntamiento. Desafío a todos los pollos, sean poetas o no, a que me nieguen que el raudal de sus ilusiones más gratas ha pasado por debajo de ese gracioso puente que forma el empinado y artístico tacón de una botita irreprochable.

Hay todavía otra razón para que los tales tacones me diviertan; y ésta es una razón de funambulismo.

Pues señor: que es necesario pagar tributo al arte: ésta es una existencia de la civilización; que pagado este tributo, resulta una señorita subida sobre dos apéndices, agudos como un epigrama, que reprochan a la madre naturaleza la redondez clásica del carcañal, que esta señorita se encuentra bien en el salón, sobre las alfombras, sobre el mármol; y que no sólo se encuentra bien, sino que experimenta una voluptuosidad inocente por lo que se realciona el arte con la belleza; y hasta aquí voy saliéndome con la mía, de probar que tengo mucha razón para que me encanten esos tacones, probando, de paso, que también les encanta a ellas.

Pero el encanto que es exclusivamente mío, es el de contemplar a esas señoritas andando sobre las sinuosidades y los precipicios del pavimento municipal. Aquí es donde las leyes del equilibrio, el culto al arte y una habilidad peculiar, ejecutan prodigios de destreza coreográfica y funámbula hasta maravillar al simple espectador, de que esas angélicas criaturas, salgan avante sin entorsis, luxaciones, resbalones ni costalazos, de tan difícil prueba.

He aquí la mujer elevada física y moralmente por un medio sencillísimo a la vez que gracioso; por medio del tacón.

Este tacón sirve también de argumento municipal contra la maledicencia de los periódicos.

El munícipe, al ver que las señoritas andan tan bien sobre sus tacones, exclama:

— No están tan malos los empedrados.

Las señoritas y yo estamos, pues, de acuerdo en la utilidad, en la conveniencia y en la belleza de los tacones. Es cierto que en otros países las señoras usan una clase de calzado para el salón y otra para el lodo; pero es porque en esos países

extranjeros, se empeñan en sujetarlo todo al sentido común; y sobre todo, porque cada cual en su casa andará como le diere la gana. ¿Qué se diría de nuestras pollas si con el frívolo pretexto del lodo y de la lluvia, abandonaran el lindo tacón y la botita abronzada, por un calzado propio para la intemperie? Para eso que todas las pollas tienen papá que las provean de botitas liberalmente; y por fin, una vez probada la necesidad de ese lujo y ese tacón, no hay que promover innovaciones, puesto que Aquiles y las pollas tienen la vulnerabilidad en el mismo lugar.

* * *

Caminando en busca de las prosperidades nuestras fijé mi atención en la susodicha calle de Plateros; y movido por una curiosidad muy disculpable en el que, como yo, ha pasado diez años ausente de su patria, me atreví a preguntar a un amigo de antaño.

— Dígame V. querido Max, ¿qué espera toda esa gente tendida a lo largo de las aceras? ¿Va a pasar alguna procesión?

— ¿A qué gente se refiere V?

— A esos caballeros a quienes veo esperando hace dos horas.

Mi amigo rió de buena gana y exclamó:

— ¡Son las lagartijas!

Y me explicó el cómo esas respetables personas habían llegado a adquirir tan feo apodo, no por lo inadecuada, sino porque conserva en nuestra culta capital ese resabio de poblachón que conoce todo el mundo. ¿Quién no ha concurrido un domingo a la misa de la parroquia de una aldea? En el atrio de la iglesia se reúnen las notabilidades del pueblo endomingadas y vestidas de limpio: allí están el juez de letras, los españoles de la tienda, los transeuntes notables y hasta el señor prefecto; y van allí porque como en el pueblo no hay teatro, ni casino, ni paseo público, se ven cada ocho días en la misa mayor y vaya V. con Dios.

— ¿Con que no hay procesión? —le pregunté a Max.

— Sí por cierto; pero la procesión que pasa, no es de sangre, ni mucho menos: es una procesión nueva, importada en su mayor parte, que V.

no conoció en su tiempo, y que constituye una de las *prosperidades nuestras*, como V. las llama.

— ¡A ver! ¡A ver la procesión!

Y a una seña de Max, me fijé en un coche simón ocupado por dos beldades grotescas, vestidas de raso chillante.

— Son gachupinas —acotó Max—, y esas también, y las otras.

Yo vi desfilar aquellas beldades trasnochadas y macilentas, de dos en dos en los simones, y sólo por excepción un coche con personas, interrumpía aquel hipódromo, del que ha tomado posesión esa colonia de nuevo género.

La península ibérica nos ha dado desde hace cuatro siglos buenas iglesias, buenos edificios, y tiendas de abarrotes; magníficos colonos que vienen a la Nueva España a vivir contentos entre nosotros, reconociendo los vínculos del habla y de la sangre; nos ha enviado con matemática regularidad sus aceitunas de Sevilla, su queso de la Barca, y sus caldos, como dicen ellos; pero ni por las mientes le pasó a la Península, en tantos años, enviar ese producto. . . no: no es producto precisamente; tampoco es mercancía, porque no paga derechos aduanales como las aceitunas. ¿Serán colonas? Imposible. Sería un absurdo clasificarlas como tales, porque no traen ni empresario como los de Barreto, ni son agricultoras como los de Huatusco, ni cultivan la seda como los italianos, sino que la gastan; y entre producir seda o consumirla, hay su diferencia. De manera que, en medio de nuestra perplejidad, no encontramos como clasificar a *esas señoras*.

Sea lo que fuere, la principal arteria de la capital presenta los domingos un espectáculo nuevo, y nada edificante. Algunos centenares de caballeros, apostados en las puertas cerradas de las tiendas y reclinados contra los muros, miran desfilar una procesión de coches que van y vienen, provistos de raso de todos colores.

En los periódicos de 1860 a 1870 se registran las sugerencias de la prensa a la policía para impedir el *rodeo*, o sea el paseo nocturno de aquellas desgraciadas cuyo lujo era la muselina, y cuyo escudo era la sombra de la noche.

Pero los tiempos han cambiado, y no hay que contrariar el beneplácito de los caballeros a quie-

nes llaman lagartijas, ni los caprichos ostentosos de esas señoras, so pena de perpetrar un ataque a la libertad individual.

En efecto, como en otras muchas cosas estamos muy adelantados, y no seré yo, por cierto, quien se ponga a censurar, ni ésta, ni ninguna otra de las *prosperidades nuestras*.

Las prosperidades nuestras

III

Decididamente, entra en nuestro propósito y en nuestras buenas intenciones juzgar a México bajo el punto de vista de su prosperidad, y donde quiera que encontremos alguna de esas *prosperidades nuestras*, allí estaremos, pluma en ristre, para elogiarla. Todo el mundo conoce bien a qué buenos fines conduce siempre el camino de los elogios; es el camino que siguen los enamorados; y he aquí una mayoría intachable que opina como nosotros; y que me diga cualquiera que haya conseguido un fin o una esposa, si no ha comenzado siempre con un elogio.

Este optimismo tiene muchos partidarios en todo el mundo; pero en México son más numerosos; por eso nos declaramos abiertamente en favor del sistema, que no por viejo se gasta, y está más en armonía con la época presente de paz y prosperidad, al grado que no se concibe cómo haya todavía personas que censuran por gusto, y ejerzan ese feo oficio de ponerle peros a todo como si creyeran hacerse agradables a la mayoría. Y después de todo, el elogio es lo que busca todo el mundo: el gobernante con sus decretos, la polla con sus tacones altos, y el munícipe con su actividad y su desprendimiento. Por otra parte, la vida en sí no es más que un elogio al Hacedor supremo y la vida individual es objeto siempre de elogio. Nacemos y por precisión somos un *rorro lindísimo*; apenas empezamos a hablar, y somos un *niño muy precoz y muy inteligente*; vamos a la escuela, y antes de aprender a leer nos sacamos el primer premio de lec-

tura; crecemos, y con muy pocas excepciones, hacemos versos y somos *vate inspirado, insigne literato, cantor ilustre de algo*, y finalmente, nos morimos, y por si algún elogio nos hubieran quedado a deber, nos los espetan juntos en alocución, en periódico y en epitafio. He aquí cómo nuestra vida es un elogio perenne, bajo todos aspectos.

Consecuentes con nuestro propósito, hemos señalado ya algunas de las prosperidades nuestras; y cuando se trata de prosperidades, basta con señalarlas, el elogio por sabido se calla; ¿y quién podría poner en duda nuestra buena intención, cuando al ocuparnos de un asunto comenzamos por afirmar que él encierra una de las *prosperidades nuestras*?

Así, por ejemplo: hemos llamado la atención sobre la prosperidad del agio, sobre la prosperidad del juego, sobre la prosperidad del monte-pío, sobre la prosperidad de esas señoras; y todo el mundo conviene con nosotros en que todo eso prospera. Y aquí nos preparamos para seguir apuntando nuevas prosperidades.

No hace todavía siete años, la vinatería en México era el expendio de caldos por mayor, y la emborrachaduría del populacho. En la vinatería no tomaba más que el pueblo ínfimo, y bebía en un vasito de vidrio verdoso. La base de la embriaguez era el chinguirito, al que el vinatero le mezclaba alumbre, y para darle la apariencia de lo que el catador, sin necesidad de pesa-alcohol, le llama el *cordón*, echaba en el barril algunos lazos de jarcia, de cuya infusión resulta un cordón de burbujas al servirse el aguardiente en el vaso.

Una protesta discreta del cargador contra el resabio a jarcia le sugirió la idea de pedir el chinguirito con mistela. Este arsenal de bebistrajos constituía la *piquera*, especie de jaula que excita al borracho y previene al ladrón; entidades que suelen no andar muy lejos una de otra.

Así habían permanecido las vinaterías, por muchos años, sin pizca de prosperidad; hasta que en un recodo de cierta vinatería, se destinó un lugar para los borrachos de levita, y cuyo lugar tomó el nombre vergonzante de *sacristía*; y separados por una vidriera, el de frazada bebía de a *tlaco* y el de levita de a *medio*.

Pero la prosperidad no se hizo esperar, y Plai-

sant abre una taberna de lujo con pasteles y dulces: lo imitan otros franceses, y las tabernas se multiplican; después se abren otras que agregan el atractivo de los *sandwichs*, y donde se toman licores raros, queso verde y otras golosinas tudescas.

Los españoles, que no se mamen el dedo, rompieron a una con sus tradiciones, y abrieron una sacristía en cada tienda; y para indicar que allí se bebe, avisan que se come, y ponen sobre el mostrador groseras rebanadas de pan y enormes salchichas. Llegan, por último, los reyes del *bar-room* y los *cock tails* se aclimatan. Por fin, el feo vicio de la embriaguez toma tal incremento y tales proporciones y facilidades, que con sobrada razón habremos de considerarlo en este artículo como una de las prosperidades nuestras.

¿Qué más se le puede pedir al comercio de caldos, que haber enviado ya al panteón a muchos jóvenes pertenecientes a familias distinguidas de la capital? Eso prueba bastante la prosperidad de ese comercio, el engrandecimiento de los cantineros, el adelanto en ese ramo, la difusión de esa costumbre que pasa del cargador al dependiente, al empleado y al estudiante: ya el pollo aprendió a beber como el contraamaestre, y se muere más pronto, lo cual es una ventaja, y prueba que el hígado y el alcohol no están de acuerdo.

Ahora bien y cuando el vicio ya invadió todas las clases ¿qué mucho que las más refinadas hagan lo mismo que la gente ordinaria? Esta recibe el sábado la raya y se emborracha a nombre de la prosperidad del trabajo; descansa el domingo, y se emborracha por aprovechar el tiempo; tiene un pesar y se emborracha por vía de lenitivo; sale de la cárcel y se emborracha a nombre de la libertad.

México tiene ahora muchas razones para alegrarse: su prosperidad entre otras, y su decadencia moral; y ¿qué le va V. a hacer, si ese es el orden de las cosas? De manera que a no ser por las cantinas, no sabríamos qué hacer con la alegría de los ferrocarrileros, con la alegría de los telefonistas, con la alegría de los elegidos popularmente, con la alegría de los empleados con quincena exacta, con la alegría de los del depósito que tan bien se la pasan, con tantas alegrías, en

fin, tan legítimas. Para tal número de alegrías es indispensable un número competente de cantinas.

La moral social y la beneficencia pública son las únicas que contemplan esta prosperidad con faz de duelo. Ellas, con la timidez y recato con que esas virtudes hacen todas sus cosas, sugieren al legislador, por nuestro humilde conducto, una inocente travesura.

No se puede negar la brillantez del espectáculo que presentan esas baterías de botellas de todos colores que lucen en los armazones de las cantinas y en las tabernas más lujosas; el color de los licores se armoniza con el de los brevets y contraseñas, marcas y etiquetas de Ultramar; y los cantineros, que son personas de gusto, han logrado dar a todo el arsenal del vicio un aspecto tentador y elegante.

Pero se nos antoja que cooperaría a realzar tan rica apariencia y el conjunto resultaría irreprochable, si sobre cada cuello de esas innúmeras botellas se colocara un TIMBRE DE CINCUENTA CENTAVOS. Esto acabaría de dar al cuadro la última mano, la mano de la compensación; porque el valor de ese timbre tendría por objeto desagaviar a la moral social, protegiendo la beneficencia pública.

Cierto es que los cantineros podrían objetar, en nombre de la estética, el recargo de adornos, la superabundancia de papelitos pegados en las botellas, que, según ellos, las afearía y les haría perder su esbeltez y su tipo original; pero ya se sabe que los cantineros se parecen por detrás a todos los contribuyentes; eso de los papelitos y documentos les parece embarazoso y falta de sentido: pero eso no es más que cuestión de gusto, y en materia de gusto, y de gusto por los caldos, hay poco escrito, y se pueden escribir sobre ello varios libros.

Pero llevando el hecho al terreno de la práctica y juzgándolo bajo un aspecto más positivo, pondríamos con cada timbre en cada botella: la mirada de la moral sobre el vicio; la intervención paternal del poder público dimanando del sagrado principio de la conservación de la sociedad; la condenación tácita del abuso por el gravamen; la reprobación del vicio en pro de la virtud cristiana, dejando ilesa la libertad individual, pero sellando el principio más sano de la moral social.

En sus resultados inmediatos esta travesurilla haría subir a 25 centavos el valor de cada copa; y he aquí el punto adonde deseábamos venir a parar. Pues señor; que el pollo tempranero y el ebrio consuetudinario no se la pueden pasar, los domingos y fiestas de guardar especialmente, sin su media docena de copitas, ya sean consumidas a fuer de convidados o de anfitriones; que ni el padre del pollo ni la autoridad pública pueden intervenir en ese acto que nace tan natural y filosóficamente de la preciosa libertad individual; que el vicio cunde y envenena la generación presente; que ni el púlpito, ni la tribuna ni la prensa bastan a contener el raudal de alcohol que parte de la cantina a la economía animal. Estamos de acuerdo; pero al menos nos consolará considerar que el borracho apura la copa con una mano y paga un real con la otra a la beneficencia pública; y he aquí cogido al borracho entre el vicio y la bolsa. La duplicación de la cuota influirá cien veces en que el vicioso invite con frecuencia, en que esquive el encuentro de tres cofrades a la idea de un peso fuerte, y en mil casos evitaría esa última copa decisiva de la embriaguez.

Nuestro vecino del norte, que es el pueblo más inteligente del mundo en materias de cocktails y de otras cosas, tiene establecido el precio de 25 centavos por copa; y no creo que se ofenda porque después de aprender a confeccionar sus neoyorkinos cocktails adoptemos también su precio respectivo.

Pingüe será el subsidio en favor de los desvalidos; y nunca será mejor empleado el real del vicio que en pan para el pobre y en hogar al huérfano; y puesto que de borrachos se trata, del vicio mismo deberá salir la manutención de aquéllos a quienes la embriaguez llevó al crimen y a vivir largamente sobre los fondos públicos.

Esperamos en Dios que seguiremos teniendo motivos para alegrarnos, y como esta alegría ha de tomar generalmente en la cantina un color de castaño oscuro, no nos queda más arbitrio que recurrir a una compensación consoladora.

Muchos conocidos nuestros habrán de diríjensenos con la palabra pastosa, la mirada turbia y exhalando aldehydas, para echarnos en cara la carestía de la copa, como promovedores de semejante medida; pero en cambio, los huérfanos y

los enfermos, los pobres y los desgraciados saborearán el blanco pan de la filantropía y descansarán bajo el caliente techo de los institutos benéficos.

De cómo entre las prosperidades nuestras Figuran las aceitunas

Esta época de paz es deliciosa: la oliva simbólica está llena de aceitunas y nosotros las saboreamos, no sólo como aperitivo, sino como el manjar por excelencia; y hemos tomado tan a pecho la cuestión de devorar esos frutos, que todo lo que nos rodea nos parece aceitunas, y vamos un día de estos a devorarnos los unos a los otros.

¿Qué cosa es una quincena bien pagada, sino un fruto de la paz? Quiere decir, no una oliva simplemente, sino una aceituna. Hay quincenas dobles que valen por dos aceitunas, y hay negocios que son un tarro de aceitunas reinas, conservadas en su propio jugo.

Esos vestidos de raso oro viejo que no soñaron ponerse nunca algunas gentes en tiempo de las revoluciones ¿qué son ahora sino frutos de paz, aceitunas mondas y lirondas?; y no así como quiera, sino aceitunas conservadas en la Tesorería por Pancho Espinosa.

¿Por qué no despueblan los barrios de Madrid, y empalaga el gazpacho a esas señoras, y emigran y se embarcan y se marean? Todo por venir a participar de nuestras aceitunas.

¿Y qué devoran la Théo y la Derivis y la compañía toda, con Grau a la cabeza, y qué significación tienen los veinte reales de una luneta en el Nacional y diez en Arbeu y un peso en el circo si no la abundancia de aceitunas?

¿Qué se entiende por gozar de la paz? No es simplemente estarse quieto; porque eso es fastidioso; ni conformarse sólo con la idea de la paz: eso es muy platónico. Y luego que todo debe ser lógico y encadenarse en un orden riguroso. La paz es una cosa buena, y ya se había hecho esperar demasiado; estábamos sedientos de paz, y esta sed nos honra, y la paz se hace: y aquí estamos nosotros para festejarla. Concíbese una fiesta

sin comestibles, una noche buena sin cacahuates. Sería esto tan imposible como figurarse una paz sin frutos, o una oliva sin aceitunas.

Estamos, pues, en nuestro perfecto derecho de devorar y consumir estos frutos de la paz nuestra, de nuestra exclusiva propiedad. Si los frutos de la paz no fueran simplemente aceitunas, sino orden por ejemplo, administración, economía, etc., esta sería la ocasión de cultivar la oliva y abonar el terreno y limpiar el tronco y podar las ramas para preparar las aceitunas del porvenir; pero vaya V. a meterse en esas honduras, precisamente en los momentos en que las ramas de la oliva se están viniendo abajo de aceitunas maduras. No señor, y hemos dicho que teníamos sed de paz y hambre de aceitunas; que esa sed nos honra y que esta hambre es un fenómeno fisiológico que no encontrará ningún opositor serio.

Ahora, en cuanto a la calidad de las aceitunas, nada tenemos que averiguar; ellas están buenas y maduras y se han dado en nuestro territorio, en nuestro árbol y nada importa que algunos meticulosos y de paladar delicado les noten cierto saborcillo a yanqui; esa es cuestión de gusto. Nosotros las comemos y nos parecen buenas.

Vaya V. a introducir el orden en un pueblo al que se le ha pasado la hora de comer. El hambre es como el pánico, no conoce freno en ciertos momentos, y es muy disculpable, por lo tanto, si a la hora de comer deja de ser previsiva y de guardar la compostura debida.

Muy disculpable es el ayuntamiento, por ejemplo, si se entusiasma con las aceitunas y al dulce rumor de las palabras paz, abundancia, aceitunas, embellecimiento de la capital etc., se olvida un momento de las atarjeas, una cosa tan sucia, por cambiar de sitio el mercado de flores, y por hacer una función de premios muy rumbosa a los muchachos de sus escuelas.

El ayuntamiento gastó un día diez mil pesos en ese mercado; pero eso fue porque le pasó una cosa que no saben nuestros lectores. Impresionado por la lectura de no sé qué poesías, se fijó en las indias que vendían flores, poniéndolas en el suelo. ¡Uds. dirán! ¡Las rosas y las azucenas en el empedrado! Este es motivo más que suficiente para enternecer no sólo a un regidor, sino a un poeta.

Tan conmovido como deben Uds. suponerse, llegó a cabildo el regidor aquel, y casi llorando pronunció un discurso sobre las azucenas, sobre las indias y sobre el lodo de las banquetas. Los regidores se dejaron arrebatar por la elocuencia ciceroniana de su colega, y aunque hubo discursos que se atreviesen a hablar en aquellos momentos de atarjeas y empedrados, en medio de aquella atmósfera de poesías que asfixiaba a la corporación, las flores, las indias y el regidor triunfaron, como triunfa siempre la inocencia, y se votó el gasto.

La gente sensata que no había olido las flores ni las indias creyó, y con razón, que en nuestra plaza mayor, limitada por la catedral y por dos palacios no debe levantarse ninguna construcción, excepto la proyectada columna de la independencia; que cualquiera construcción, sobre aparecer mezquina, obstruirá la plaza, evitando que la vista se espacie en su área, que es su primer mérito.

Pero todas estas razones venían abajo ante este argumento sin réplica: las aceitunas.

Procedió pues el ayuntamiento a levantar un zócalo de piedra que hubiera durado mil años, y colocó encima un kiosko, tejaván, o como se llame, de fierro puro, que es tan barato en México, y metió adentro a las indias con todo y flores. Yo no sé si hubo discursos oficiales y banquete ese día, pero el ayuntamiento se salió con la suya y encerró a las indias en jaula de fierro.

Le sucedió a poco a aquella jaula lo que le sucede a todas nuestras cosas: cayó en desuso y las indias se fueron saliendo poco a poco, hasta que últimamente presentaban la jaula, las flores y las indias este orden. Dentro de la jaula, o como se le llamaba pomposamente, el mercado de flores, había diez indias vendedoras y algunas más de acompañamiento tomando la sombra saludable de aquel edificio; y diseminadas desde las gradas del mercado hasta la calzada o cruceiro que conduce a la calle de Plateros, unas sesenta a setenta vendedoras, ¡ingratas! poniendo las azucenas y las rosas en la dura piedra.

De manera que el ayuntamiento gastó diez mil pesos en alojar diez indias, y dejó en pie el mal que aparentemente quiso evitar: el de poner las flores en el suelo. Todo quedó peor que antes, y

un señor muy amigo de los regidores me dijo un día lleno de un orgullo patriótico y casi espartano:

— ¡He aquí los frutos de la paz!

— De las aceitunas —agregué.

— ¡Cabal! —exclamó el señor—; la paz es la oliva y los frutos de la oliva son las aceitunas. Qué chistoso es V. señor Facundo.

El éxito del mercado de flores hubiera bastado para no volver a acordarse del mal empleo de esos diez mil pesos. Pero siguió la pasión a las flores causando graves inquietudes entre los ediles, y discurrieron gastar otros siete mil para pasarlo al jardín del atrio, y hacerlo redondo como plaza de gallos. Allí quedará peor, porque en el jardín o parque que rodea un gran edificio no deben levantarse construcciones de ese género; porque su capacidad no bastará a contener la afluencia de vendedoras de ramilletes, y habrán éstas de diseminarse por los alrededores, poniendo de manifiesto la inutilidad de la medida y del gasto.

¡Cuánto más bien empleados hubieran estado esos diez y siete mil pesos en losas para las banquetas!

El gobierno del Distrito en su discurso al nuevo ayuntamiento ha dado un informe exacto, juicioso y razonado del estado actual del municipio; informe que hace honor a este funcionario por el acierto con que se trata los asuntos municipales. Desearíamos que el nuevo ayuntamiento se cuide un poco menos del mercado de flores, y no caiga en la tentación de trasladarlo al Seminario dándole otra forma.

* * *

Prescindiendo de nuestro amor a las aceitunas ¿se trata seriamente de dar algunos pasos en el sentido del adelanto material? Fijémonos en nuestro pueblo y en sus costumbres, en su incuria y su desaseo; consideremos el espectáculo que presenta ante el ojo observador del extranjero; y puesto que la civilización se difunde partiendo de las clases más ilustradas, intentemos difundir la ilustración en esas masas. Dicen que el indio es indolente y refractario a la civilización y que su melancolía y su abandono son incorregibles. Este modo de ser del indio tiene muchas razones;

pero la que nos incumbe más directamente es ésta: que no le hacemos caso.

El contacto de la gente de las aldeas y pueblos circunvecinos con la capital debe traerle necesariamente cierta dosis de ilustración; pero este adelanto no se verifica en las proporciones que sería de desearse, porque, según nuestro sistema y el abandono con que hemos visto la cuestión, el indio viene a la capital a obrar como quiere, según sus costumbres y lejos de aprender algo nos impone sus usos y los toleramos sin tratar de enseñarlo.

El comercio de mercado es el motivo de contacto del indio con la capital. Nuestro mercado del Volador junto a Palacio es el borrón más repugnante que puede encontrarse en una capital; es el resabio más deshonoroso que puede tolerar una corporación municipal ilustrada; su forma y condiciones son las menos a propósito para conservarlo limpio, y como el mercado es el teatro y la escuela del indio ¿qué puede aprender en el nuestro, sino a seguir siendo sucio y a no respetar ni el decoro, ni la compostura que el público merece? Debemos convenir en que vender frutas y comestibles en el suelo es la manera más primitiva y más inculta de vender; la más incómoda para el comprador, y la que menos se concilia con el aseo y el orden. Las calles del mercado deben estar enlozadas y limitadas a uno y otro lado por mostradores altos y por aparadores para colocar la fruta y las legumbres, prohibiendo toda venta en el suelo y prohibiendo arrojar cáscaras y basura en el tránsito para el público, bajo la responsabilidad de cada vendedor.

Este orden en el interior del mercado le dará a éste mejor aspecto y habituará al indio a sentarse en alto y a recibir al público de una manera más digna de su cultura. La compra se hará con más comodidad y de una manera más conveniente. Todos los puestos deberán estar a cubierto de la intemperie por medio de tejados, para evitar ese hacinamiento de petates y trapos sucios que usan esas gentes para defenderse del sol.

La época es propicia para promover todas esas mejoras, para que un espíritu de ilustración sea siempre el criterio que dicte y adicione ciertas medidas de policía. Aprovechemos este veranito de paz y estas aceitunas.

Prosperidades funestas

Parece condición ineludible del progreso humano el acrecentamiento y la prosperidad del vicio. Al caminar hacia adelante en esta carrera fatigosa, vamos cargando nuestros vicios y nuestras virtudes para llevar completo el equipaje. De manera que las sociedades progresan, pero no se mejoran; y caminan a su engrandecimiento con menzura, las más veces, de su mejoramiento moral. México, que frecuentemente no toma las cosas por lo serio, se entrega a los regocijos de la paz, como si se hubiera sacado la lotería. Se come las aceitunas y marcha.

No encontramos todavía la mano bastante sabia que pueda dirigir la marcha de una sociedad que avanza, y puede eliminar las semillas malas del terreno fértil en que habrán de fructificar juntamente con los bienes. Progresamos, crecemos; nos multiplicamos como esos huertos invadidos por la ortiga y regados por las lluvias propicias: crecen juntos los frutos y los cardos, las alimañas y las flores.

De este orden de cosas resultan dos clases de prosperidades, que podríamos llamar: prosperidades reales y prosperidades funestas.

Los vicios están de enhorabuena. Son los primeros en aprovecharse de la prosperidad, como los criados de un banquete que se sirven antes que los comensales. Todos en fila desde los más inocentes hasta los más criminales, se apresuran a comer los frutos de la paz, y están en su derecho. No hay gobernador del Distrito ni predicador que les vaya a la mano, porque esos vicios entran por las horcas caudinas de la ley y tienen su patente y sus papeles en regla. Además, son vicios nuestros, que caminan con nosotros por donde quiera que vayamos, y no podemos ni queremos soltarlos. Nos han de acompañar hasta el sepulcro, sea cual fuere nuestro itinerario.

El vicio de fumar, por ejemplo, ha llegado, el primero, a su apogeo, a su último grado de perfección; y como este vicio implica una industria, pertenece a la categoría de esas prosperidades funestas, con que tenemos que apechugar, so pena de pasar por retrógrados.

Nosotros no lo censuramos; al contrario, nos parece la cosa más natural del mundo, y no sólo

la más natural, sino la más idiosincrática, el encender un cigarrillo en toda ocasión solemne. ¿Quién no ha visto en campaña uno de nuestros soldados, medio muerto de fatiga, después de una de esas marchas, de esos ataques rudos y sangrientos, en los que toda la energía humana, todo el valor heroico y todo el esfuerzo de que el hombre es capaz, han sido empleados con largueza, hasta un momento en que, todavía entre el fragor de la batalla y el silbar de las balas, ese soldado se detiene, descansa el arma humeante, cambia el aire de sus pulmones con estrépito, y como alivio, como panacea, como fortificante y como estímulo, defendiéndose del aire tras un maguey o tras una cureña rota, enciende un cigarrillo? La primera aspiración del humo del tabaco indemniza al soldado de la fatiga y del cansancio, y del horror de la batalla. Va en busca de un placer tan exclusivo y tan imprescindible, que él mismo cree que aquel cigarrillo va a darle nuevo aliento.

¿Cómo hemos de censurar nosotros este vicio que llega a ser un amuleto, ni cómo nos atreveríamos a considerarlo entre nuestras prosperidades funestas? Pero ello es que es vicio y que prospera, y eso es precisamente lo que cumple a nuestro propósito para ponerlo por delante de lo que prospera entre nosotros.

Pues bien, lo que hace el soldado después de la batalla ¿por qué no lo ha de hacer la República Mexicana después del periodo de nuestras revoluciones? México está chupando su cigarrillo con la delicia con que Pepe Rodríguez y Cos fuma su puro sempiterno. Con la diferencia de que el soldado fuma solo, y no ofrece; y la República y Rodríguez y Cos ofrecen cigarrillo a todo el mundo.

La industria tabaquera ha encontrado su época; está en su edad más floreciente; compite ventajosamente con la de la isla de Cuba y ha llegado a elaborar los mejores cigarrillos y los más baratos y hasta ha aprendido a llamarles a las clases *vitolas*, como dicen en la Habana.

Hermana de esta industria tabaquera es la de los cerillos: también han llegado a su apogeo, y el vicioso cuenta ya con una cajetilla de buenos cigarrillos y una cajita de excelentes cerillos por tres centavos.

El vicio de fumar, que va a la vanguardia de la prosperidad, está satisfecho.

Tras el vicio de fumar viene el vicio de beber. Niéguese que este vicio camina en el auge de la prosperidad. ¿Y qué cosa más natural que echar un trago por la paz? Estamos en nuestro derecho de alegrarnos porque tenemos paz, y si no nos alegramos bastante con sólo tenerla, ahí está el trago que tiene esa virtud: la de alegrar al prójimo.

Vayan ustedes a evitar que las gentes se alegren o que dejen de ser sinónimos alegría y embriaguez. Estas sanas razones traen al vicio de beber en la primera fila de las prosperidades nuestras.

Por orden riguroso, viene detrás el vicio de jugar, próspero también y floreciente con sus otros dos vicios de fumar y beber, como primos hermanos, florecientes también; y vaya usted a separarlos o a probar que no está cada vicio en su lugar y en su hora. Estos son los momentos de jugar y de beber fumando. ¿De qué se trata? De estar contentos, muy contentos con la paz; más aún, de celebrar la paz; y todo el mundo sabe, desde las Olimpiadas, que todos los grandes sucesos de la historia se celebran con juegos públicos. He aquí justificada la preponderancia de esos tres vicios tan necesarios y de tanta oportunidad.

Estos vicios derraman sus bienes no sólo sobre los cantineros, pulqueros y tabaqueros, sino que extienden su influencia en otras órbitas; quiere decir, protegen generosamente el vicio de empeñar y de pedir prestado, y como cada cual puede hacer de su capa un sayo, no podemos meternos con esas gentes a quienes no alcanza lo que tienen, y para que les alcance han inventado regalar una parte de su haber al agio.

Este vicio, hijo de nuestra educación, está también en el auge de su preponderancia; y así debe ser. ¿Qué sucedería si todos nos volviésemos de repente honrados, juiciosos y económicos? ¿Qué comerían esos empeñeros y esos agiotistas que tal vez no han aprendido a hacer otra cosa en toda su vida? ¡Pobres gentes, se morirían de hambre!

Hasta aquí todos esos vicios marchan de mancomun en la más completa prosperidad y van

todos juntos a dar con otro vicio: con el vicio del amor. ¿Cómo no habíamos de venir a parar en esto?

Tampoco esta prosperidad puede pasar desapercibida, ¡imposible! ¡con tanto raso y tanto simón en las calles de Plateros! ¡Con ese suplemento ibero importado *ad hoc* para festejar la paz!

Y no es ésta la última de las prosperidades. El hospital de San Juan de Dios también prospera, hay una concurrencia *escogida*: pasa de 560 mujeres que han prosperado.

Inmediatamente después de estos vicios y de estas prosperidades viene el vicio de curarse, y la prosperidad del comercio de drogas. Esta prosperidad es elocuente, porque es la consecuencia de las otras y de la insalubridad. Y para que veamos como en un orden riguroso, unas prosperidades empujan a las otras, como las olas, la última de las prosperidades nuestras, es la agencia de inhumaciones.

Antes se moría la gente y alquilaba un carro fúnebre, de cuatro que había en las carrocerías de Vanegas y los Rebeldes, y la cosa pasaba desapercibida. Hoy se hace ese negocio por contrata para que no haya picos. Hay un tal Gayoso que ha salido una notabilidad en esto de enterrar al prójimo: todo se hace en un santiamén, a precios de tarifa y en ferrocarril, para largarse a prisa. ¿A dónde habían de venir a parar todas las otras prosperidades sino a una compañía de muerteros?

En la línea que hemos recorrido, desde el cigarro hasta Gayoso, todo marcha a las mil maravillas, atestiguando nuestro adelanto y nuestra prosperidad.

Dos conocidos nuestros encienden en este momento su cigarro en la cantina del Globo, delante de dos copas de ajeno.

Antes eran buenos mozos, apuestos, y no carecían de elegancia. Con la palabra pastosa y entrecortada se dirigen frases incoherentes y por largo rato no se entienden.

— Estás perdido —dice uno al otro, poniéndole la mano en el hombro. *

— ¿De qué? ¿Por qué me dices eso tú? Mira que ojos tienes. Estás desvelado.

— Ya sabes. . . Pero lo que yo digo es que es-

tás perdido, lo que se llama perdido, ¿no sabes lo que es estar perdido?

— Ya se ve. . . estar perdido es estar contigo, estar en tu amable compañía; mira si lo comprendo, ¿ó crees que ya estoy *trompeto*? Ya sabes que a mí no se me sube.

— Ni a mí tampoco.

Esto es lo que creen todos los borrachos.

Los dos amigos se separaron al medio día con la imaginación llena de coches del sitio, llena de beldades provocativas, porque no han visto otra cosa en las calles de Plateros. Llegan a sus respectivas casas a exhibirse en tal condición ante sus hijos. La pobre esposa contempla por la milésima vez aquel estrago, y procura aparecer indiferente y estudia en todas sus maneras una naturalidad muy difícil de sostenerse. El más grande de los niños fija una mirada pensativa en su padre, y lo observa con disimulo en sus menores movimientos. Cuando la mamá no tiene la palabra, reina un silencio embarazoso en la mesa.

— ¿No tomas la sopa? —pregunta a su marido.

— ¿La sopa? . . . Pero estoy buscando la sal. ¡Por qué no me ponen aquí la sal! Ya he dicho que se ponga la sal. . . ¡A ver! —agrega levantando la voz—. ¡Que pongan la sal! Ya he buscado la sal por todas partes!

Un niño se ríe.

— ¡Ah, que papá! —dice una niña—. ¡Si tienes el salero en la mano! . . .

— El salero. . . —dice el borracho viéndolo—. Tiene razón esta muchachita; yo tengo la sal en la mano, en la mano izquierda.

— ¿Ya lo ves por qué no es bueno tomar las cosas con la mano izquierda? —dice la mamá a la niña que hizo la observación.

— Yo siempre tomo el salero con la mano derecha —contesta la niña.

— Ese es un reproche. Estoy lucido con que enseñes a mis hijos a reprocharme. ¡Qué buen ejemplo!

— Lo hacía precisamente —replicó la mamá— para que los niños no. . .

— Para que los niños vean que su padre toma el salero con la mano izquierda; y si lo tomé fue distracción, y una distracción. . . pues. . . una distracción no es una regla: está claro. Sino que. . .

— Se enfría la sopa.

— La sopa está desabrida; tú estás desabrida, mis hijos están desabridos. ¡A ver la sal!

Los niños contemplan con cierto asombro a su papá.

— Mira, le pondré una poquita de sal a tu sopa —dice la mamá—, efectivamente le falta sal.

— ¡No le pongas, no le pongas, mamá! ¡Está muy salada! —grita la niña.

— ¡Cállate, niña! Así le gusta a tu papá.

— ¡A mí me gusta mucho la sal! ¡A ver la sal! . . .

Vuelve a reinar el silencio. Todos han concluido la sopa menos el papá que engulle con mano vacilante grandes cucharadas.

La criada traía lo que sigue y dirigió al amo una mirada que no hubiera tenido significación si no hubiera dirigido otra mirada al ama. Esas dos miradas formaron en silencio un paréntesis que encerraba una humillación que hirió a la esposa.

— A ver el pulque —dijo el marido ¿no se toma hoy pulque? ¡Yo no veo pulque en la mesa! ¡Mira, tú, como te llames, trae el pulque!

Salió la criada y volvió a reinar el silencio.

En esa clase de pausas revoloteaban sobre aquella mesa, como los buitres que olfatean un cadáver, negros pensamientos. Los niños grandes los formulaban a su manera; pero la pobre madre los palpaba en toda su espantosa trascendencia, sin poderlos endulzar siquiera con una lágrima.

Esta es sólo una miniatura de uno de los miles de cuadros que se reproducen en nuestra sociedad al influjo de una de nuestras *prosperidades funestas*.

Prosperidad ordinaria

A fuer de entrometidos, y con la plena seguridad de nuestra insuficiencia, vagamos por esas calles de Dios, arreglando el mundo acá para nuestro coleteo, como si efectivamente hubiésemos de conseguirlo. Hay en la primera calle de Plateros un letrero de cincuenta varas que dice: "*Sorpresa y primavera unidas*" letrero que por el tamaño

y por el contenido implica una de las prosperidades nuestras, no sin que lo altisonante del rótulo nos recuerde el de una pulquería de esta ciudad que se llama "A la nueva reforma del antiguo cuernito", lo cual quiere decir que pintaron de nuevo la pared.

La índole de un pueblo, su civilización y sus costumbres se reflejan en su comercio; él es la expresión de la cultura y de la educación sociales, sin poderlo evitar, y sin recurso alguno para fingir o aparentar lo que no existe.

En las sociedades antiguas regidas por el feudalismo, había una barrera insuperable entre el señor y el mercader; y todavía entre nosotros, en los buenos tiempos de nuestros virreyes, cuando el dinero de las casas grandes y de los nobles venía a parar detrás de un mostrador, el noble señor escondía la bolsa y la cara detrás de un rótulo cualquiera, por temor de deshonorar sus pergaminos.

Luchaban el deseo del lucro y la ambición con las rancias preocupaciones de la nobleza, y el comercio era anónimo, a lo menos para el público en general; y hasta razón social había que ni el nombre llevaba del capitalista. Este es el origen de los rótulos de las tiendas y de que veamos en esas calles títulos y letreros tan incoherentes y ridículos que deben servir de diversión a más de cuatro extranjeros observadores. El Cinto de Orión, El pie de la Sífide, La bota de Venus, Emporio de Luz, La ilustración del Siglo XIX (pulquería), etc. Las tabernas y los comercios más serios compiten en motes rimbombantes, creyendo agregar un atractivo o llamar la atención por lo extraño del nombre; y detrás de todo esto está obrando la añeja preocupación de creerse deshonorado por vender manta o zapatos. El comerciante en lencería no se decide a que le llamen algunos cajonero, o mercachifle o rebocero, y guarda su nombre para sólo sus facturas y contratos.

Enhorabuena que los dueños de pulquerías, que por una parte siguen siendo señores feudales en plena República, omitan poner sus aristocráticos apellidos de familia en una pulquería, y prefieran ponerle el de *El Pabellón nacional* o *El Grito de Dolores*; pero el comerciante honrado y digno, que maneja un gran capital en lencería

y objetos de lujo, no tiene ninguna razón para creer que su nombre se mancha por fijarlo en letras de oro en una casa de comercio, que puede ser tan honorable como un banco o como una oficina del gobierno.

Con el progreso de la civilización y el engrandecimiento de las naciones, el comercio se ha ennoblecido en el mundo, identificándose con el movimiento progresivo de las sociedades modernas, hasta formar una aristocracia poderosa y respetable.

A medida que hay más refinamiento en las ciudades modernas, van desapareciendo los rotulones para dar lugar a la razón social de las casas de comercio, porque la razón social necesita crédito y popularidad, para ser a su vez garantía, fianza y aliciente para el público, quien, con ojo bien certero, confía más en el comerciante que tiene orgullo en publicar su nombre, que en el que se esconde bajo el pseudónimo de un título de comedia.

El rubor de los dependientes es otra cosa. Conocemos que hay algo que pugna con la dignidad del hombre en gastar una juventud, un vigor y todo un caudal de vida detrás de un mostrador, vendiendo encajes y medias a las señoras, cuando las artes, la industria, la agricultura y la ciencia, reclaman esos brazos y esas facultades, tanto morales como físicas, y cuando tantas señoras, con manos más diestras para manejar la seda y más idoneidad para recibir confidencias sobre el tamaño de las ligas, reclaman esas plazas a nombre del equilibrio social y de la virtud desamparada.

Deben, pues, los dueños de tiendas de ropa escribir sus nombres con letras de oro al frente de sus casas y borrar los motes, como resabio indigno de la civilización y ajeno al espíritu del comercio moderno. A los dependientes, ya que no pueden ocultar su sexo, se les puede perdonar que oculten su nombre.

Entramos al cajón de ropa o lencería, y entramos impelidos sólo por la necesidad apremiante, porque el aspecto de ese comercio nos entristece profundamente. La estructura y disposición de la tienda están dictadas por la desconfianza, por el temor a los rateros, por el miedo de que el público robe en lugar de comprar. Todo el edificio está ocupado por los efectos y por los depen-

dientes. El público está confinado a una faja de terreno de vara y media de ancho y separado de los efectos por la muralla del mostrador.

El que no ha tenido ocasión de comparar esta disposición de nuestras tiendas, con los grandes almacenes de París y de los Estados Unidos, no para mientes en que, para nuestro comerciante, ladrón y público son una misma cosa; no conoce lo ofensivo de esa desconfianza, ni se siente humillado por las mil precauciones de los dependientes para impedir las estafas y robos de mano. Pero el que ha entrado a uno de esos establecimientos colosales de Nueva York, en los que circula libremente el público, entre un mundo de mercancías derramadas en millones de pequeños objetos sueltos y al alcance de la mano, no puede menos de lamentar, como lamentamos nosotros, que nuestro pueblo no esté todavía tan civilizado que permita a los propietarios de los grandes almacenes de ropa en México abrir uno de esos establecimientos de lujo, en que lo primero que se concilia es el confort y la comodidad del público. Nos duele ver a las señoras mexicanas mezcladas con un grupo de indios con huacales, de léperos y de criadas sucias, paradas horas enteras frente a un mostrador, apiñadas, oprimidas y mal trechas, y sufriendolo todo con paciencia para comprar sus galas.

El espíritu del comercio moderno a medida que va alejándose de las prácticas mezquinas e ilegales del mercachifle, va poniéndose más y más a la altura del refinamiento social, y asumiendo una actitud digna de la civilización que alcanzamos.

El comerciante de los grandes establecimientos modernos, tanto en Europa como en los Estados Unidos, tiende a rodear su comercio del mayor atractivo posible, y a proporcionar al comprador todo género de facilidades y expedientes. Hay en esos grandes establecimientos gabinetes privados para las señoras, sala de *lunchs* y refrescos, departamento para las criadas y nodrizas, para que éstas y los niños esperen cómoda y seguramente a los que compran. Tienen, además, establecido en envío forzoso a domicilio de los objetos comprados, sea cual fuere su precio, y sin gravamen para el comprador; y por último, el sistema de contabilidad es de tal manera expedi-

tivo y exacto, que diez minutos después de cerrado el establecimiento cada día, no sólo están hechos y comprobados todos los asientos en los libros respectivos, sino verificado el balance general del establecimiento, con expresión de las ventas, las utilidades, los gastos y las existencias. La base de este sistema consiste: 1o. en el precio fijo e invariable de cada objeto; 2o. en que las mercancías están divididas y encomendadas por clases a los dependientes, y 3o. en que éstos asientan la venta en una libreta talonaria y envían cada venta, dinero y efectos, a la caja, en el momento de verificarlo, por medio de niños empleados allí con ese objeto. En la oficina se lleva sin descanso la cuenta corriente del día a cada dependiente, la cuenta de caja y la de existencia simultáneamente. Estas tres sumas principales, más el diario, constituyen el balance cada veinticuatro horas.

En clase de establecimientos tienen, no sólo las condiciones que se requieren para las facilidades de la compra y venta, sino el atractivo de un centro de reunión y de una exhibición de curiosidades y objetos primorosos: entran allí indistintamente, no sólo las personas que tienen el ánimo deliberado de comprar un objeto que necesitan, sino todas aquéllas a quienes atrae la concurrencia y aquel conjunto de mercancías de todas clases. De la exhibición de los objetos, no limitada a los aparadores sino a todo el interior del edificio, por donde el público circula libremente, resulta acaso el 50 por ciento de compradores eventuales, seducidos por la ocasión y la oportunidad.

Uno de los retrayentes principales del público comprador es el temor de comprar caro. Hay muchas personas, y son las más, que confiesan ingenuamente que no saben comprar; y efectivamente, muchas no compran en su vida personalmente sino en casos excepcionales y raros, y no tienen ni remota idea del precio de los efectos. Hay muchas que no se atreven a llamar la atención del dependiente o a entrar a una tienda sólo para hacer una pregunta sobre un precio; otras que si supieran el precio de antemano comprarían el objeto que necesitan, y otras, en fin, que compran sin otra razón que la baratura de un objeto en que no pensaban. Este estudio del pú-

blico ha sugerido a los comerciantes modernos la tienda bazar o miscelánea de efectos que se venden bajo las condiciones esenciales de fijar el precio de una manera visible en cada objeto y de venderlo irrevocablemente sin aumento o disminución del precio fijado. La transacción queda pues reducida a pedir el objeto y entregar su pre-

cio, de este género de transacciones simplificadas se pueden verificar muchas en muy poco tiempo.

Es de esperar que el buen sentido práctico del comercio europeo, favorecido por nuestra incipiente prosperidad, vendrá a implantar en México esa mejora que reclama la civilización.



